

Ray Bradbury, el hombre ilustrado

por Juan Tébar*

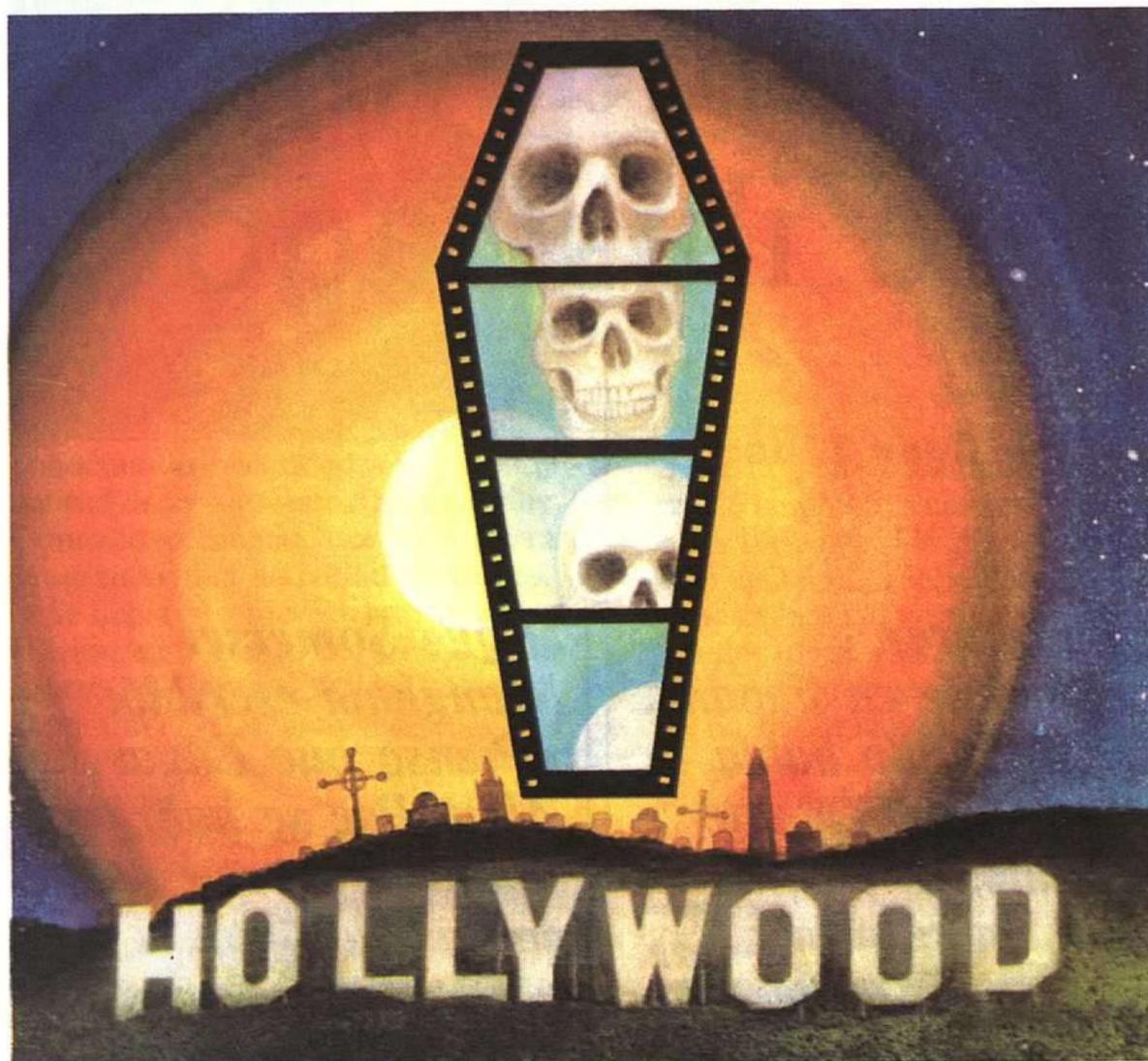
Ray Bradbury es, a pesar de que sigue escribiendo, un clásico de la ciencia-ficción, que deslumbró a no pocos lectores y cinéfilos españoles allá por la década de los 60, cuando sus libros

comenzaron a publicarse en España. De todo ello habla Juan Tébar en este artículo, en el que también se pasa revista a la obra de este autor imprescindible sobre

el que Somerset Maugham escribió: «Pienso que Edgar Allan Poe se habría sentido más que complacido con la obra de Bradbury si la hubiera escrito él mismo».

De entre todos los títulos de obras de Bradbury, el que hemos utilizado, *El hombre ilustrado*, creo que le define a la perfección. Realmente, casi todos sus títulos son ropajes que le sientan bien. Igual podríamos haberle llamado «hombre medicina» (como algunos indios de *western*) y, precisamente, «contra la melancolía», como reza el título de otra de sus colecciones de relatos. Pudimos titularle «cronista de Marte», o llamar a su vida y su obra «leyenda del buen bebedor», parafraseando a Roth. Bebedor, sin duda, de ese vino estival de diente de león que guarda el sabor de su infancia... Bue-





R. BRADBURY, A GRAVEYARD FOR LUNATICS, NUEVA YORK: ALFRED A. KNOPF, 1990.

no, de todo eso supongo que hablaremos luego. El caso es que a Ray Bradbury (R.B. cuando consideremos oportuno abreviar) puede considerarse un *hombre ilustrado*, como al de su famoso libro. No sólo por el sentido de la palabra que nos remite a la cultura, a la sabiduría, a la sensibilidad y los conocimientos que, por supuesto, Bradbury tiene y ostenta; sino porque el autor que nos ocupa es casi una encarnación de su fantástico personaje, si acaso el personaje no lo fue del autor. Aquella criatura bradburyana se describe en el prólogo del libro como un hombre que «[...] por alguna razón comenzaba a engordar... y [con] un rostro infantil en lo alto de un cuerpo macizo». Son datos que podrían adjudicarse al propio R.B.

Pero, sobre todo, en lo que creador y criatura coinciden poéticamente

—que es la forma quizá más intensa de coincidir, sobre todo si hablamos de un poeta— es en aquellas cosas que el hombre tenía tatuadas en su cuerpo: «[...] prados amarillos y ríos azules, y montañas y estrellas y soles y planetas... Eran [las ilustraciones] como ventanas abiertas a mundos luminosos... El hombre ilustrado era un museo ambulante».

Aquellos fans de entonces

Corrían en España los años 60. Algunos de los que hoy escribimos para los papeles o para las pantallas, quienes filmamos o nos acercamos, de cualquier forma, tanto a la imagen como a la palabra, teníamos entonces poco más de 20 años. Van aquí unidas las aficiones —y debería decir pa-

siones para ser exacto— del cine y la literatura porque, en Bradbury, nos encontramos más de uno que cultivábamos ambas.

Había entonces en Madrid una boyante Escuela de Cine. Ahora ha nacido otra, bienvenida sea, y a ver si elimina de una vez la nostalgia que teníamos de aquella por la posterior carencia. Dos películas, por lo menos, de las que allí se rodaron como prácticas escolares, estaban basadas en relatos de R.B. Yo mismo pensé rodar *Medicina contra la melancolía*, aunque nunca lo hice.

Y había un inquieto lector y cinéfilo, que no era alumno de la Escuela, pero se atiborraba de *pelis* en los cines de su barrio. También leía fervorosamente historias mágicas y de ciencia-ficción. Ésos fueron los géneros que primero cultivó como autor literario. Aquel muchacho de mi generación escribía entonces un documentado y amoroso libro sobre Bradbury, que citaré más de una vez en este artículo. El joven en cuestión aún no se había convertido ni muchísimo menos en el primer director español que conseguiría un Oscar. Se llamaba, se llama, por supuesto, José Luis Garci. El libro, en principio, iba a titularse «El mundo de Ray Bradbury» (título, según Garci, algo ostentoso) pero después de peregrinar por varias editoriales, como el autor confiesa, perdió unas cuantas páginas y acabó publicándose como *Ray Bradbury, humanista del futuro*, título, quizá, según nosotros, más ostentoso que el primero. Pero lo que importa es que aquel esforzado y meritorio estudio sobre el escritor norteamericano fue entonces la primera aportación seria a su obra escrita, en castellano. Y resulta que hoy sigue siendo la única, que yo sepa.

No estaría mal que Garci, entre películas, series televisivas, artículos, crónicas futbolísticas y labores editoriales, diera un repaso a su viejo libro, recuperase aquellas páginas perdidas para su publicación, y les añadiera las

que hiciesen falta para ponerlo al día. Los *fans* de entonces se lo íbamos a agradecer. Y el propio R.B. El 28 de abril de 1971 decía Bradbury como introducción a aquel libro —que tuvo el buen gusto de publicar la editorial Helios, y que a saber si puede hoy encontrarse—: «Me honra muchísimo que este libro de José Luis Garcí aparezca en España, ahora que todavía estoy vivo». Podría volver a decir hoy lo mismo. España, suponemos, seguirá siendo, como confesaba entonces, «un país que ha influido tanto en mí...». Y quizá todavía no se ha reunido, tal como entonces deseaba, con «el fantasma de Goya».

Estoy enterado de que ya se conocieron Garcí y Bradbury, pero no me consta que fuera «[...] en Madrid, a las cuatro en punto de un domingo por la tarde», ni que se elevaran en el cielo «montados en escobas, junto a esos grandes amigos... los fantasmagóricos

personajes de las pinturas negras de Goya», como terminaba Bradbury su introducción. O sea, que todavía quedan conjuros por realizarse, promesas que cumplir. Y, como digo, en la bibliografía española ningún otro libro, que yo sepa, ha desbancado a Garcí en su calidad de pionero. Y de riguroso exégeta de nuestro escritor. ¿Será que R.B. ya no está *de moda*? Posiblemente. Quizás es que Bradbury es ya *un clásico*. Por eso lo hemos traído a estas páginas. Y de eso mismo hablaremos en su momento.

Queda, supongo, suficientemente explicado por qué nos tendremos que

referir al libro citado si alguna vez creemos necesario apoyar alguna afirmación con una cita no necesariamente anglosajona.

Respecto a «aquellos *fans* de entonces», debo todavía hacer alguna reflexión de por qué nos gustaba tanto la literatura fantástica, y R.B. en particular. Piénsese que sufríamos un tiempo en el que el realismo nos ahogaba. Circunstancias políticas hacían verdaderamente necesario ese realismo, pero esa justificación no elimina la asfixia. ¿Cuándo fue en Hollywood el apogeo de los monstruos, la magia, los terrores y la realidad mágicamente trascendida? Todos los que hayan estudiado la Historia del Cine saben que la época coincide con una de las mayores crisis económicas en los Estados Unidos. O sea, que los españoles de los 60, como aquellos yanquis de los 30, huíamos legítimamente de la realidad subiendo a cohetes poéticos para cambiar de planeta. Y uno de los mejores constructores de tales vehículos era, sin lugar a dudas, Raymond Douglas Bradbury.



WENCESLAO MASIP, CUENTOS DEL FUTURO, BARCELONA: LUMEN, 1971.



Fotograma de Fahrenheit 451, dirigida por F. Truffaut en 1966.

Gustaba mucho entonces la ciencia-ficción, expediciones interplanetarias, nuestras o de Ellos, juegos más o menos peligrosos con las posibilidades de la investigación, la técnica, la industria, la política futura... Pero algunos preferíamos, dentro del género, considerado de forma más amplia como fantástico, una literatura que hiciera más metáfora que ciencia. Nos gustaba más, para entendernos, Bradbury que Asimov. Ésos hemos permanecido fieles a Ray, el chico de Illinois, que siempre fue más poeta que autor de ciencia-ficción, en el sentido estrictamente científico del término. Somos los que, a pesar —o gracias a él— del olvido que parece haber caído sobre su fama, le consideramos digno de engrosar nuestra lista de *clásicos*. Un clásico vivo, que sigue escribiendo, aunque sus últimas producciones no sean tan satisfactorias como los títulos ciertamente inolvidables que le hacen merecedor de esa consideración.

El clásico de otro planeta

Los desterrados es uno de los cuentos que más me fascinó de R.B. en aquellos años de apasionado encuentro.

Bradbury imagina para el futuro, y no sólo en este relato, ciertos deterioros y perversiones culturales que, hoy, determinadas realidades nos hacen sospechar inminentes. A causa de ello, algunos autores como Dickens, Poe, William Shakespeare, Lewis Carroll, sobreviven fuera de la Tierra, dependiendo de que aquí conserven todavía sus libros. Si los queman (como cuando en *Peter Pan* un niño deja de creer en las hadas), el autor desterrado morirá definitivamente... Dos años más tarde, R.B. dedicará toda una novela a la incineración de la lectura. Me refiero, claro, a *Fahrenheit 451*, la novela que también fue película, dirigida por Truffaut.

Si alguien busca a Bradbury y no lo encuentra, quizá se haya ido con

ellos. Seguro que, por lo menos, le gustaría estar donde ellos vayan. En compañía de sus clásicos.

¿Qué es un *clásico*? ¿Merece Bradbury que le consideremos como tal? ¿Puede serlo un autor que vive todavía? Quizás algún lector se está haciendo esa pregunta. Nos va a contestar Italo Calvino, del que extractamos algunos de los puntos en que dividió su abundante definición de *clásico*:

«Clásicos son los libros que ejercen una influencia particular imponiéndose por inolvidables... *Tu clásico* es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él... Llámase *clásico* a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes... Es *clásico* lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo... y es *clásico* lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone».

Estas cosas, y otras igual de brillantes, las dijo Calvino para aplicarlas a Dickens, a Leopardi, a Homero, a Defoe, a Balzac... pero también a Pavese, a Queneau, a Pasternak, a Henry James... Y cada uno elige *sus* clásicos. Permítasenos haber incluido en ellos a R.B., como Calvino añadió a los suyos.

Hay autores que parecen haberse liberado del estruendo llamado *actualidad*. Han sido relegados al *cuarto de los niños*, como algunos mitos, cuentos de brujas y canciones de la infancia. Seguro que nuestro autor está allí. Y si guardásemos el pretérito embotellado, y descorchásemos la botella que corresponde al año en que disfrutamos por primera vez de *Crónicas Marcianas*, o de los cuentos «El lago», «Parque de juegos», «El peatón», «El ruido de un trueno» o de esa novela antes citada, *Fahrenheit 451*..., seguro que redescubriríamos la solera inconfundible del mejor vino.



Fotograma de Fahrenheit 451.

El vino clásico. El que vuelve a beberse. Porque —también es cosa de Calvino— «toda lectura de un clásico es en realidad una relectura». Eso quiere decir, fundamentalmente, que aunque lo leyésemos por primera vez, nos parecería que ya lo habíamos leído. Todas estas cosas tan mágicas suceden en los libros de Ray Bradbury. Hemos revuelto en nuestro cuarto de los niños y ahí estaba, tan fresco.

Los niños

Ray Douglas Spaulding Bradbury nació un domingo, a las cuatro de la tarde (por eso quería verse con Garcí en las mismas condiciones), en Waukegan, Illinois, en 1920. Como todo el mundo debería saber (si no, el último libro escrito por Ingmar Bergman lo recuerda desde su título) los *niños de domingo* son especiales, ven cosas que no todos pueden ver, y tienen gran facilidad para relacionarse con lo maravilloso.



John Huston en el rodaje de *Moby Dick*, con guión de Bradbury.

El planeta preferido de Bradbury, que tanto ha escrito sobre Marte y otras muchas estrellas, es el de su infancia. Lo dice Garci en su libro. Y basta con leer *The dandelyon wine*, que aquí se tradujo como *El vino del estío*, para comprobarlo. Se trata de unos de los mejores libros de nuestro autor, que fija el paisaje de todas sus anteriores y posteriores fantasías. Allí el pueblo natal del niño en cuestión se llama Green Town. Y el nombre se nos ha quedado, a sus lectores, más grabado que el auténtico. Por eso, a veces, hemos incluso dicho o escrito que en Green Town nació R.B., como podríamos haber dicho o escrito que Faulkner nació en Yoknapatawpha, o García Márquez en Macondo, o Baum en el país de Oz.

Stephen King, que además de escribir demasiadas novelas no siempre tan buenas como las primeras, ha dedicado páginas inteligentes a la literatura fantástica, dice que Bradbury ha retenido en toda su obra, con gran fuerza, «aquella mirada del niño que fue

en Illinois». Y no todos los niños (tanto para Bradbury como para el propio King, como para casi todos los que han escrito relatos de fantasía o terror), son gente con ojos de inocencia. Léase, por ejemplo, el cuento de R.B. llamado «Parque de juegos», que dibuja la infancia como un mundo sádico del que, si pudiéramos, los padres libraríamos a nuestros hijos, o uno de sus primeros relatos donde un bebé decide asesinar a sus progenitores.

Sin embargo, la memoria de la infancia feliz fue la plataforma más sólida desde la que Bradbury hizo despegar a casi todos sus mejores cohetes.

Amados monstruos

La mayoría de las creaciones literarias de nuestro autor nacen de su temprano amor por las criaturas sobre las que leyó, o que amó en las pantallas del cine. Los personajes de los cuen-

tos de Poe, por ejemplo. Y los de Hawthorne, Irving, Lovecraft, Swift, Wells... cuyas páginas —como recuerda Garci en su libro— los bomberos futuros de la novela *Fahrenheit*... se encargan de que sean «bien quemados por el daño que pueden hacer al espíritu humano».

También iba mucho al cine aquel muchacho de Green Town, perdón, de Waukegan. Y para siempre se quedaron en su espíritu las imágenes de King Kong, los mil rostros de Lon Chaney, o los dinosaurios de aquellas películas que veía en la niñez. Pasiones compartidas con un tocayo que es inevitable nombrar al referirnos a R.B.: Ray Harryhausen. Para quien no conozca a tan buen amigo de Bradbury, hemos de aclarar que se trata del mejor creativo de efectos especiales cinematográficos que existió en los tiempos dorados de Hollywood. Ambos lloraban al ver al gorila gigante morir de amor en lo alto del rascacielos, y los dos Ray sufrieron la misma frustración al asistir a una representación de *Sigfrido*, en la que no podían ver al dragón porque se lo tapaba una columna de la sala.

Spielberg nunca hubiese rodado esa reciente película que ha puesto a los dinosaurios tan de moda, si un Ray no hubiera diseñado antes otros monstruos para películas ingenuas pero adorables, ni si el otro Ray no hubiese escrito un cuento inolvidable en el que uno de aquellos bichos se enamoraba de una sirena contra la niebla, que él tomaba por el lamento de una hembra.

Y aparte de dinosaurio, ¿qué quieres ser de mayor? La pregunta es también el título de un relato de Bradbury... R.B., como no pudo ser dinosaurio se contentó con ser escritor. Para conseguir algo no mucho más fácil que llegar a ser gigante prehistórico, se pasó mucho tiempo escribiendo por lo menos mil palabras diarias, y una historia cada semana. Y llegó a convertirse en dinosaurio, perdón, en escritor. Aunque, ¿no son

ya casi sinónimos? Dado el avance destructor de la imaginación que ciertos medios propician en la actualidad, casi podríamos pensarlo. Pero no seamos tan pesimistas como Bradbury (esa filosofía ha hecho que muchos le consideren reaccionario), seamos tan optimistas como también lo es Bradbury, que cree en la reencarnación de Prometeo, capaz de robarles, si hace falta, el fuego a los dioses.

La ballena blanca

Además de sus libros, doce por lo menos excelentes, y de las adaptaciones cinematográficas que se han hecho de algunos de ellos, R.B. escribió directamente para el cine, y no queremos dejarnos en el tintero el guión de la película que hizo John Huston sobre *Moby Dick*. Ni dejar aquí dicho que el resultado fue muy estimable, aunque no todos los críticos estén de acuerdo, sobre todo porque trasladar una novela genial siempre es tarea de titanes, que no suele acabar bien en la mayoría de los casos.

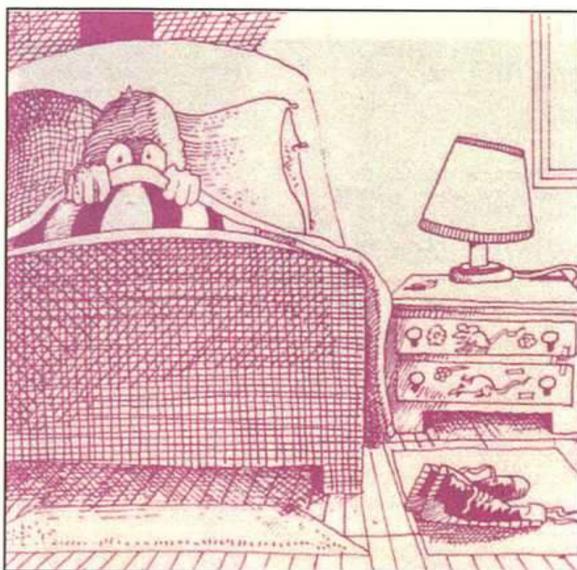
Selección de tesoros

Debemos citar las obras que consideramos mejores —las que hacen de R.B. un clásico— aunque sólo demos poco más que sus títulos—:

—En 1950 las *Crónicas Marcianas*, para cuyas antiguas llanuras desoladas Bradbury se inspiró en el paisaje mexicano. Un libro para nunca olvidar.

—En 1951, quizá su mejor volumen de relatos, *El hombre ilustrado*, cuyo título hemos robado para este artículo, y en el que hay, por lo menos, siete cuentos absolutamente antológicos.

—En 1953, la novela varias veces citada, *Fahrenheit 451*, la temperatura a que arde el papel, pero cuyo poder destructivo no consigue que la memoria de los hombres olvide los textos fundamentales para sobrevivir. Mien-



PERE FORTUNY, ENCENDRE LA NIT, BARCELONA: L' ATZAR, 1986.

tras haya lectores, permanecerán los libros que leyeron, aunque hayan sido quemados.

—En 1957, *El vino del estío*, ese licor de la niñez cuyas botellas guarda Bradbury en el desván.

—En 1962, *La feria de las tinieblas*, una de sus novelas más terroríficas, que Spielberg pensó llevar al cine, pero que filmó Jack Clayton. La película nunca se ha estrenado en cine en nuestro país, aunque creo que circula por ahí en vídeo. Stephen King la considera como la mejor obra de Bradbury, y su título original es mucho más inquietante que el castellano: «Algo viene arrastrándose por el camino», diría una traducción literal.

—En 1990 (Bradbury sigue activo, como puede verse), publica *Cementerio para lunáticos*. Una novela desigual, escrita a borbotones, como aquellos primeros textos que mecanografiaba febril en sus comienzos. Y que destacamos aquí por su directísima relación con algunos de los libros mejores de R.B., y su argumento, unido a ciertas obsesiones de Bradbury que dibujan su personalidad: la mitología hollywoodense, el recuerdo constante de Green Town y el porche de la casa de sus abuelos, la amistad con Harryhausen, y la afición por la novela policiaca con toques de relato terrorífico. No es este libro ejemplo adecuado para descubrir a Bradbury quien no haya leído sus otros textos excelentes, pero sí constituye un reencuentro entrañable con el dinosaurio perdido y hallado entre los estudios

cinematográficos de la vieja fábrica de sueños.

Otros ilustres caballeros

No sólo José Luis Garcí, sino otros ilustres caballeros, han leído con pasión a Ray Bradbury, y han dejado constancia escrita de su placer. El citado Stephen King afirma que Bradbury es absolutamente único, que «Dios rompió el molde después de fabricarlo».

El crítico David Pringle reconoce que, además de sus extravagancias encantadoras, en la obra de R.B. hay atrayentes *niveles oscuros*. No se crea que Bradbury es sólo un ángel divertido. Hay en sus relatos aleteos de diablo que entroncan su obra con las más poderosas pesadillas.

William Somerset Maugham ha dicho: «Pienso que Edgar Allan Poe se habría sentido más que complacido con la obra de Bradbury si la hubiera escrito él mismo».

Y acabamos con Borges, que ha escrito opiniones acerca de los más indiscutibles clásicos de la literatura fantástica. No juzga al todavía vivo Ray Bradbury con menos entusiasmo:

«Otros autores estampan una fecha venidera y no les creemos, porque sabemos que se trata de una convención literaria; Bradbury escribe 2004 y sentimos la gravitación, la fatiga, la vasta y vaga acumulación del pasado... ¿Cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima...? En este libro de apariencia fantasmagórica [se refiere a *Crónicas Marcianas*] Bradbury ha puesto sus largos domingos vacíos, su tedio americano, su soledad...»

Y es que, como dijo otro ilustre caballero, pero no recuerdo quién, todo gran artista nos plagia. Por eso, las fantasías de R.B. siguen cercanas a nuestro corazón. Eso es un clásico. ■

* Juan Tébar es escritor.